

X

TE CAMBIARÉ EL PORVENIR

Habían pasado algunos años desde la desaparición del árabe cuando Magdalena logró entrar al cuarto de occidente. Fue un enano el que recorrió el estrecho y sinuoso túnel, alcanzó la compuerta y consiguió hacerla girar. Ese enano formaba parte de la caravana que había acampado en la ribera próxima al laboratorio de los abedules. Allí, varios hombres de cara rojiza y pelo blanco llenaban de agua las cantimploras; enanos, idiotas y jorobados recogían frutos silvestres. Otros descansaban dentro de las carretas o a la intemperie sobre la yerba húmeda. Cinco conejos atravesados por una rama de leña verde se asaban al calor de una fogata. Odilón, el dueño de la caravana, y sus dos secuaces se habían recostado a disfrutar del olor de la carne tras haber revisado los alrededores sin encontrar huellas de animales. Estaban tranquilos: las aldeas de

los hombres distaban muchas jornadas de esa zona del bosque como para coincidir con alguien; era imposible que a media tarde apareciera un sonámbulo, por eso, todos se sobresaltaron cuando Magdalena, vestida del mismo color que los troncos de los árboles, se acercó. Odilón se puso de pie y empuñó la espada que segundos antes yacía sobre sus piernas. A un gesto de Magdalena, depuso su arma; la oyó hablar y asintió; después fue por el enano más fuerte de entre los que poseía, lo sujetó de un brazo y le dijo: Obedécela.

Tres días más tarde, cargando con trabajo dos alforjas repletas de oro, el enano se reintegraba a la caravana. No sabía en dónde había estado y sólo recordaba que, muerto de miedo y con los ojos cubiertos, había atravesado un estrecho pasadizo sembrado de cadáveres. Dijo que creía haber estado soñando, pero que el peso de las alforjas sobre su espalda y el dolor de huesos lo habían convencido de que no era un sueño.

El enano interrumpió su historia y se deshizo de las alforjas para huir de Odilón, que comenzó a azotarlo con un látigo; se ocultó debajo de una de las carretas desde donde pudo observar que el maldito hundía las manos en el oro. Cómo lo odiaba: lo golpeaba sin razón, le hacía cargar fardos pesadísimos y apenas si le daba de comer. Lo odiaba porque se divertía lastimando a todos los

miembros de la caravana: le gustaba humillarlos exhibiéndolos de pueblo en pueblo y disfrutaba castigándolos sin necesidad. De qué le servía a Odilón que ellos no durmieran, que no comieran ni sus sobras, pues las hacía quemar a sabiendas de que en la caravana todos tenían hambre. Odilón era capaz de pagar una fortuna por un ser deforme, de darle una carreta y alimentarlo; pero si encontraba a otro que tuviese la misma deformidad, lo adquiría y mandaba a ambos al final de la caravana, a recibir el mismo trato que los jorobados, los idiotas y los enanos. Los privilegios se acababan para su antiguo protegido y no se compadecía de él ni aunque lo viera moribundo.

El enano nunca había gozado de una carreta como los dos hombres que compartían un solo cuerpo o como el de la boca sin labios: cuando él llegó a la caravana ya había otros enanos. A la mayor parte de ellos, sus padres los abandonaban sin escrúpulos a la vida que Odilón quisiera darles. Muchos se contentaban con estar reunidos; no renegaban del maltrato que su nuevo amo les daba pues, según decían, en sus casas tampoco había qué comer y las burlas, que en ninguna parte faltaban, les dolían menos desde que estaban juntos. Con el tiempo se habían acostumbrado a todo; lo único que deseaban, si es que algo deseaban, era poseer una carre-

ta como los favoritos de Odilón. En cambio, el enano que acababa de regresar con las alforjas no se resignaba; quería huir de ese mundo en donde resultaba normal. La convivencia con la mujer sin esqueleto, con el hombre que tenía el gran ojo en medio de la frente o con cualquiera de los otros, inclusive con los que viajaban a pie, lo horrorizaba.

Sólo uno de esos seres había intentado fugarse: un sordo al que Odilón mató para escarmiento de todos. Sabían que de cualquier forma los encontraría y por eso cada vez eran menos los inconformes.

El mismo enano, por miedo a que lo delataran, nunca había confiado a nadie su deseo de evadirse; sin embargo, soltó hasta la última palabra de su secreto cuando Magdalena le preguntó qué quería como recompensa. En cualquier otro caso, habría pedido oro, pero algo tenía la pregunta o, más bien, algo emanaba de Magdalena que, sin pensarlo, reveló su anhelo más íntimo. Ella sonrió y él supuso que se burlaba de su deseo. Cómo podía adivinar que la sonrisa de Magdalena se debía a que los últimos misterios del laboratorio de los abedules estaban a su alcance gracias a él, porque detrás del estrecho túnel, que aún conservaba la fetidez de los niños muertos en el intento de forzar la compuerta, había una habitación en donde el árabe guardaba los perga-

minos. El enano no podía saber que al girar la compuerta se descorría el muro del cuarto de occidente, y que con ello quedaba al descubierto lo más deseado por Magdalena. Cambiaré tu porvenir, le dijo y, con el filo de una navaja, alargó en una nueva dirección la línea de la fortuna de la mano derecha del enano. Él sintió que el estómago se le apretaba. Vivirás en un castillo, dijo ella, libre de los tormentos que ahora te afligen. Reconocerás a tu nuevo señor porque soñarás con él y él soñará contigo. Tú serás quien entregue a uno de sus servidores un sobre lacrado.

Odilón acariciaba el oro y, bajo la carreta, el enano se acariciaba con el índice la herida de su palma.